

REFERENCIAS

- Ariès, P. (1987). *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Madrid: Taurus. (Trabajo original publicado en 1960).
- Borges, J. L. (1976). Prólogo. En L. Carroll, *Los libros de Alicia*. Buenos Aires: Corregidor.
- Carroll, L. (1988a). Alice's adventures in wonderland. En L. Carroll, *The complete works of Lewis Carroll*. Londres: Penguin. (Trabajo original publicado en 1865).
- Carroll, L. (1988b). Through the looking glass. En L. Carroll, *The complete works of Lewis Carroll*. Londres: Penguin. (Trabajo original publicado en 1872).
- Carroll, L. (2010). *Alicia anotada* (M. Gardner, ed.). Madrid: Akai. (Trabajo original publicado en 1865).
- Deleuze, G. (1988). *Logiques du sens*. París: Minuit.
- Fliess, W. (1994). Carta 213. En J. M. Masson (ed.), *Cartas a Wilhelm Fliess: 1887-1904* (pp. 406-407). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1985 [1899]).
- Freud, S. (1993). Más allá del principio de placer. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 18). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1920).
- Freud, S. (1994). Carta 112. En J. M. Masson (ed.), *Cartas a Wilhelm Fliess: 1887-1904* (pp. 218-229). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1950 [1896]).
- Freud, S. (2004). Tres ensayos sobre una teoría sexual. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 7). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905).
- Greenacre, P. (1971). Reconstruction and interpretation of the development of Charles L. Dodgson and Lewis Carroll *Alice in wonderland - The swift and Carroll*. Nueva York: Norton & company.
- Lacan, J. (1988). Función y campo de la palabra y del lenguaje en el psicoanálisis. En J. Lacan, *Escritos I*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1853).
- Lacan, J. (2019). Hommage rendu à Lewis Carroll. *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 26. (Trabajo original publicado en 1966).
- Pizarnik, A. (1982). En esta noche, en este mundo. En A. Pizarnik, *Textos de sombra y últimos poemas*. Buenos Aires: Sudamericana. (Trabajo original publicado en 1971).
- Salamone, L. D. (2019). Lo que perdura, lo que se pierde y lo que se recupera de lo infantil. *Revista Lacaniana de Psicoanálisis*, 26.
- Woolf, V. (1942). *The moment and other essays*. Londres: Hogarth.

Recibido 20/01/21 Aprobado 17/2/21

Magdalena Filgueira*

Lo infantil: Tercer margen para la función <padre>

Discursos en torno a lo infantil

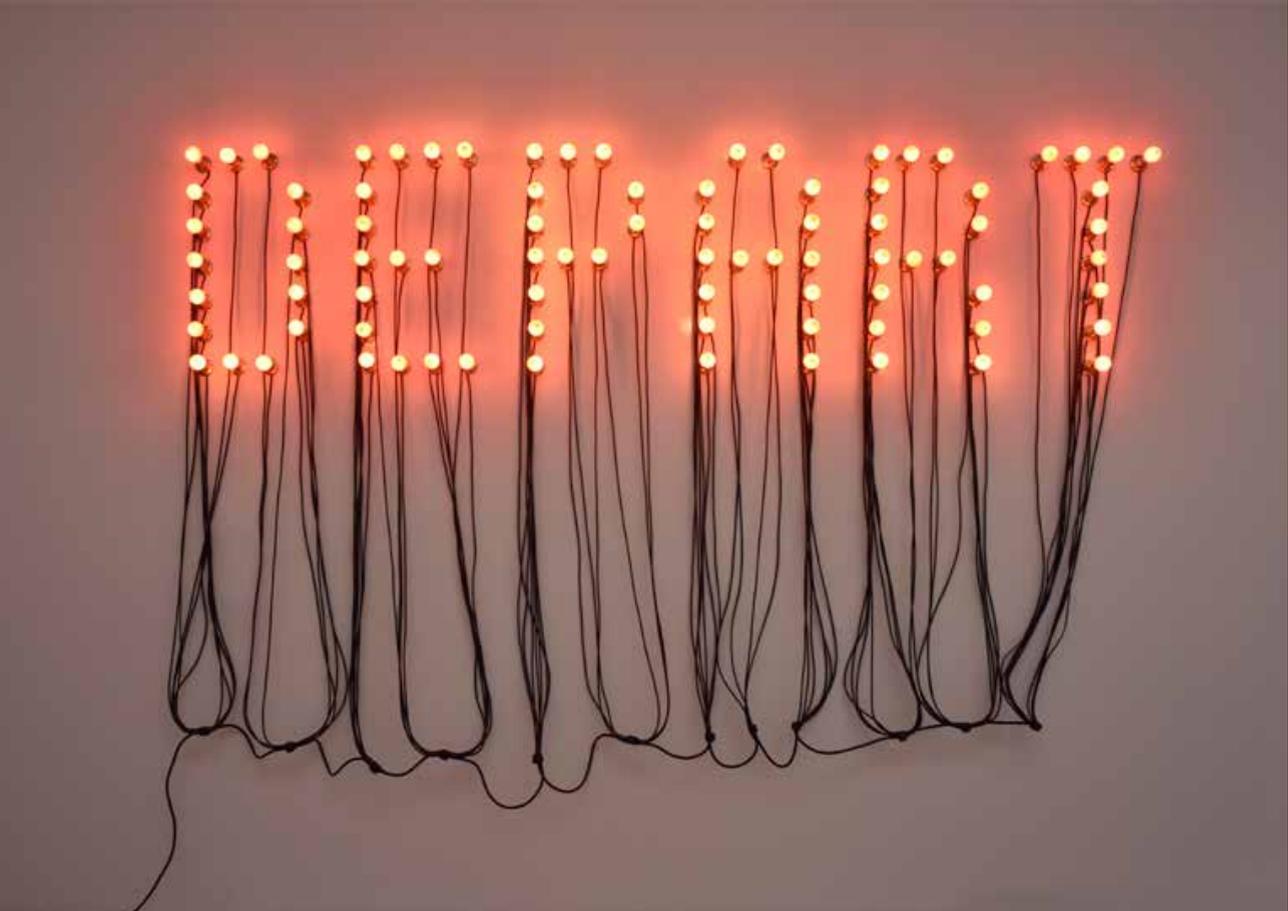
Lo infantil alude a niño, pero ¿qué es un niño? Podemos hoy pensarlo desde diversos discursos, sabiendo que la noción de niño, de niña, sufrió modificaciones en función de los cambios de discursos sociales, políticos, biológicos, jurídicos, ideológicos, económicos, del discurso psicoanalítico que ha sido clave en la transformación de la concepción de niñez, desde su invención hasta la noción contemporánea. Cado uno de ellos toma en cuenta aspectos fundamentales para la arista de su analítica, como son el de la responsabilidad civil y penal frente a sus hechos, la inimputabilidad penal ante sus actos, la capacidad reproductiva, la posibilidad de componer fuerza de trabajo. Por ejemplo, considerando este último, *niño es aquel que no trabaja*, es aquel que *no debe trabajar*. En varios de estos discursos disciplinares, las coordenadas demarcatorias suelen ser claras: individuo mayor o menor de edad, sujeto de derechos, niño, adulto.

Ariès (1960/1987), historiador francés, investigó largamente los orígenes de la infancia y señaló que la concepción que de ella tenemos es relativamente reciente, no se remonta más allá de los siglos XVII o XVIII. Plantea que ha sido gravitante el elevado índice de mortalidad infantil que reinaba antes de esos siglos. Tiene un lugar especial la muerte. Si el niño moría, cosa que sucedía muy a menudo en los primeros años, la familia podía sentirlo, pero pronto un nuevo hijo vendría a reemplazarlo. Llegada la pubertad, se asimilaba a la vida de los adultos. Dentro de los estudios de *historia de las mentalidades* se han abordado los problemas de la consideración del niño, el desarrollo de las prácticas de crianza, cotidianeidad del vínculo entre padres e hijos, la historia de la familia.

El psicoanálisis, fundador de discursividad, se diferencia de otros, de todos ellos, a los que por cierto no invalida –por el contrario, dialoga e influye–, pero de los que se desmarca y perfila. La invención-descubrimien-

* Asociación Psicoanalítica del Uruguay.





↑
Départ - Arrivée, 2015
 Christian Boltanski
 86 Red light bulbs, 99 blue light bulbs, electric wire
 185 x 283 cm and 190 x 305 cm
 Courtesy: Christian Boltanski Studio and Marian Goodman Gallery
 ©Christian Boltanski, Licensed by ADAGP
 Photo credit: Rebecca Fanuele

to-conceptualización del inconsciente constituye un giro epistemológico sin par, que una vez acontecido incidirá en el decurso de la historia de las ideas. Ahora, ¿qué tan poroso, permeable a la interdiscursividad es?

La *sexualidad* –siempre infantil– es para el psicoanálisis un nodo, centro de confluencia de conceptos fundamentales, *Grundbegriffe* freudianos, abonado por el de pulsión y destinos de pulsión –los diádicos, transformación en lo contrario y vuelta sobre sí mismo, y aquellos que requieren tres términos y procesos de sustitución, represión y sublimación (Freud, 1915/1976h)–.

Suelen ser fecundos los momentos de interpelación, de tribulación y vacilación calculada o no del psicoanalista en su *praxis*, nunca abarcados por teorías, aunque recurramos a ellas como haz de luz, como farola indicadora, frente a puntos acuciantes, ante interrogantes propios de lo enigmático, siempre presentes en nuestra aproximación a lo inconsciente. Del retorno a los textos freudianos, en la vuelta al lenguaje de las formaciones de lo inconsciente, probablemente surja una oleada de hallazgos que dejará en la costa nuevos restos, lo que compondrá, por tanto, una orilla distinta. Entonces, el volver a cavilar sobre lo infantil ¿nos depositará en la misma margen? O, por el contrario, ¿ha de llevarnos a una diferente?

La actualización que implica cada vuelta de lectura, así como el circuito de la propia escritura –que, tomando la aguja de lo no sabido, que con fragmentos, *letras* de lo no sabido infantil, que a partir de lo singular del caso a caso– despierta en el analista su deseo para realizar un texto,

hilván punzante que es acto psicoanalítico, el de la trasmisión. Cuando este oleaje se detenga en sus posibilidades, tendremos para acudir la voz del poeta, apelaremos al *Dichter*, a esos *materiales*, como nos lo indicara Freud (1908 [1907]/1976a), a los del *creador literario*: “y cómo logra conmovernos con ellos, provocar en nosotros unas excitaciones de las que quizá ni siquiera nos creíamos capaces” (p. 127). El mismo poeta no sabría explicar de dónde provienen, por lo que Freud pregunta: “¿No deberíamos buscar ya en el niño las primeras huellas del quehacer poético?” (p. 127).

Al intentar definir –o, al menos, surcar– *lo infantil*, la impronta de lo evolutivo se hace sentir en los diferentes discursos y disciplinas, marcando también el psicoanálisis con fuertes corrientes que ubican este pensamiento vertebrando lo infantil; el objeto parcial que devendrá total, la idea de una organización fija y predeterminada secuenciada en fases de desarrollo consecutivas, de lo disperso en la unificación, del caos a la integración, tienen adhesión. Lo infantil se acerca por esta vía al pequeño que devendrá adulto, niño que irá en progresión de menos a más, nociones que parecerían más diáfanas que cualquier figura lingüística compleja como la de paradoja u oxímoron.

Freud quiebra de entrada esa ilusoria linealidad, desde sus primeros escritos, ya en el *Proyecto de una psicología para neurólogos* (1950 [1895]/1976g), con la noción de *proton pseudos*, primera fantasía-mentira, y la resignificación en tiempo del *a posteriori*, montaje en dos tiempos de formación de la fantasía y del síntoma, emerge y reinará en el *aparato psíquico* una propia *realidad psíquica*, se desarticula la idea de una verdad, la histórica vivencial se contrapondrá a la verdad material. Es el primer psicoanalista que, a través de su metapsicología, desbarata la causalidad lineal de lo cronológico, remonta la idea de verdad científica, abre y da lugar así a la paradoja, al tiempo lógico, a los objetos subjetivos, fenómenos transicionales, topologías que borran las dimensiones de adentro, afuera, antes-después, profundo o superficial, propuestos y retomados por Winnicott y Lacan. Lo infantil es todo eso, por siempre y a la vez, se sea niño o no.

Con la caída de *su neurótica*, se produce la caída también un primer padre, el de la seducción.

Lacan ha enfatizado que, para ser *una*, la verdad en psicoanálisis tiene más de un rostro. Hermanándose con Nietzsche, quien planteó que las verdades son metáforas que se han gastado y carecen ya de fuerza.

El *infans* no habla, mas juega

Lo infantil *infans* lo que no habla. Se encuentra sumergido en el lenguaje, *logos*, desde antes de nacer, pero no habla aún, sino hasta haberse visto en el espejo del Otro, que reconoce y nombra, le otorga su Nombre propio, desde el cual podrá emerger su mirada y su voz, *phoné*. Yo. Ese reconocimiento, ajeno y propio a la vez, lo separará del reino animal, o de la naturaleza, para siempre. La bestia no se reconocerá. El hombre, en cambio, en tanto que tiene una infancia, en tanto que no es hablante desde siempre, escinde esa lengua una y se sitúa como aquel que para hablar debe constituirse como sujeto del lenguaje, debe decir *yo* (Agamben, 2007, p. 72). Desde este punto de vista, “*la infancia es precisamente la máquina opuesta, que transforma la pura lengua prebabélica en discurso humano, la naturaleza en historia*” (p. 88; itálicas en el original).

Freud (1908 [1907]/1976a) planteó:

los propios poetas gustan de reducir el abismo entre su rara condición y la naturaleza humana universal: hartos a menudo nos aseguran que en todo hombre se esconde un poeta, y que el último poeta sólo desaparecerá con el último de los hombres. ¿No deberíamos buscar ya en el niño las primeras huellas del quehacer poético? La ocupación preferida y más intensa del niño es el juego. Acaso tendríamos derecho a decir: todo niño que juega se comporta como un poeta, pues se crea un mundo propio o, mejor dicho, inserta las cosas de su mundo en un nuevo orden que le agrada. Además, sería injusto suponer que no toma en serio ese mundo; al contrario, toma muy en serio su juego, emplea en él grandes montos de afecto. Lo opuesto al juego no es la seriedad, sino... la realidad efectiva. (p. 127)

La posición <> función <padre> en psicoanálisis

Me parece inquietante, además de imprescindible, trabajar desde y para el psicoanálisis la posición y función del padre en el anudamiento con lo infantil, en el primer cuarto de siglo del tercer milenio. Los psicoanalistas tendríamos que sostener *suficientemente buenas preguntas*, aunque interpelen conceptos fundamentales del psicoanálisis y aunque de esa interpelación resultase un cambio, un viraje de paradigma, lo que por otra parte siempre realizó para seguir vivo en el horizonte de la subjetividad, desde su instauración como discursividad, hasta ¿ayer? ¿Hasta hoy?

Quizá el advenimiento de nuevos conceptos en el psicoanálisis contemporáneo –dentro de los cuales, singularmente, aquel que hace a la posición que trata la función <padre>– se encuentre en incubación, como en el siguiente cuento, ¿en flotación?, buscando un litoral, un tercer margen desde el cual ser concebido.

Recurramos entonces al creador literario, a la inquietante pluma del poeta brasileño João Guimarães Rosa, a su cuento *La tercera margen del río* (1962):

NUESTRO PADRE ERA un hombre cumplidor, ordenado, positivo y fue así desde jovencito y niño, por lo que testimoniaron las diversas personas sensatas, cuando indagué la información. De lo que yo mismo recuerdo, él no parecía más extravagante ni más triste que los otros, conocidos nuestros. Solamente quieto. Era nuestra madre la que mandaba y quien a diario regañaba a mi hermana, a mi hermano y a mí. Pero ocurrió que, cierto día, nuestro padre mandó que se le hiciera una canoa... Era en serio.

Encargó la canoa, una especial, de cedro rojo, pequeña, sólo con la tablilla de popa, para que cupiera justo el remero. Tuvo que ser fabricada toda ella, elegida fuerte y arqueada en rígido, apropiada para durar en el agua unos veinte o treinta años. Nuestra madre mucho renegó contra la idea. ¿Sería posible que él, que no se ocupaba de esas artes, se iba a proponer ahora pesquerías y cacerías? Nuestro padre nada decía. Nuestra casa, en ese tiempo, estaba aún más cercana al río, cosa de menos de cuarto de legua: el río por ahí se extendía grande, hondo, callado siempre. Ancho, de no poder verse la otra orilla. Y no puedo olvidarme del día en que la canoa quedó lista... Sin alegría, sin inquietud, nuestro padre se caló el sombrero y decidió un adiós. No dijo otras palabras, ni se llevó provisiones y ropas, ni nos hizo ninguna recomendación. Nuestra madre, pensé que iba a gritar, pero persistió, solamente alba de tan pálida, mordió el labio y bramó: “¡Vete, puedes quedarte, no vuelvas más!”. Nuestro padre contuvo la respuesta. Me miró, manso, haciendo ademán de que lo acompañara, sólo algunos pasos.

Temí la ira de nuestra madre, pero, de golpe, mañoso, obedecí. El rumbo de aquello me animaba, me asaltaba una idea y pregunté:

“Padre, ¿puedo ir con usted en esa canoa?”. Volvió a mirarme y me dio la bendición, con un gesto me mandó de regreso. Hice como que vine, pero di la vuelta en la gruta del monte para saber. Nuestro padre entró en la canoa, la desamarró para remar. Y la canoa salió alejándose, lo mismo su sombra, como un yacaré, extendida larga... Nuestro padre no regresó. No iba a ninguna parte. Sólo ejercitaba la invención de permanecer en aquellos espacios del río, de medio a medio, siempre en la canoa, para no salir de ella nunca más. Lo extraño de esa verdad espantó a la gente. Aquello que no había, acontecía.

El crítico literario Rodríguez Monegal (1968/1983) conversó con el escritor en tres oportunidades, en tres ciudades diferentes; en una de ellas, Guimarães Rosa le reveló: “Tengo horror a lo efímero”; le confesó: “Siempre pienso en libros”, por lo que el crítico literario concluyó que, para el escritor, los textos son un conjuro contra ese terror, horror, y así tituló el apartado en su crónica: “Horror a lo efímero” (p. 2)

El horror ante lo efímero y la escritura como conjuro ante él surgen desde el origen de su escritura. El libro que luego se llamó *Primeiras histórias* surge de la invitación de un periódico de Río de Janeiro, al cual Guimarães tenía entonces la *obligación* diaria, frecuente, casi cotidiana, de escribir (p. 3).

Realmente es desde la literatura, desde la fineza del escritor que llega y cala hondo tal interpelación a la función del paterna. ¿Qué puede decirse de ese padre que, sin mediar palabra, se retira de la vida familiar, social, para irse a vivir en una canoa al medio del río? El autor construye la ficción de *nuestro padre* que parte a flotar por años en el medio del río. Nos deja sin palabras. Una vez recuperado el lector del efecto de anodamiento, el relato comienza a trabajar internamente y servir como metáfora de la posición abolida del padre y de su función suspendida. La que mandaba era “nuestra madre”, dice el narrador.

Cuánto invita el fantaseo a ser utilizado para pensar la función del padre en el psicoanálisis, a partir de los grandes cambios, las profundas transformaciones unidas a las de la posición de la mujer en la sociedad en las últimas cuatro décadas en la cultura occidental.

Es el padre; es en tanto que el Nombre del Padre pone amarras, justamente, al deseo de la madre, permitiendo que el hijo, en lugar de ser el falo imaginario del gran Otro, emerja como sujeto de deseo. Padre que porta, trae la ley a tierra y recorta un goce, instaurando un goce prohibido. Aquello consustancial al psicoanálisis, el significante alojado en la letra, litoral, margen, orilla del goce.

Un psicoanálisis es experiencia con lo inconsciente, experiencia amarrada a lo imaginario, enlazada a lo real. Es un dispositivo que incita a un discurso escrito por el analizante con letra que muestra, que se manifiesta como imagen y se vela como sentido, rememorando un goce perdido. Letra, litoral, margen entre el saber y el goce.

Despunta el siglo pasado, nace con la publicación de *La interpretación de los sueños* (1900/1976d): es decir que el siglo XX y el psicoanálisis nacen juntos. Quizá todo estaba preparado para su aparición, el tema recurrente de la sexualidad, la propuesta fundamentada de lo infantil, la *edipización* del deseo, el parricidio, y la prohibición del incesto. Desde su surgimiento, el psicoanálisis revisó y amplió su teoría, así como su campo de trabajo, incluyendo el análisis con niños a través del juego. Considero que la concepción de sexualidad en el niño o la niña de lo infantil ha

sido uno de los aportes revolucionarios de mayor incidencia, hasta ubicarse como referente mayor en Occidente.

Desde varios discursos disciplinares, se van dando golpes al patriarcado, se cuestiona el lugar hegemónico del padre, lo que desmonta la constitución de la familia como familia nuclear tan propia de la sociedad patriarcal. Diferentes historiadores coinciden en que el movimiento que ha sido más influyente ha sido el feminista, el que ha desencadenado transformaciones económicas, sociales y políticas inmensas; se aúnan asimismo los movimientos gay y lesbiano.

La metapsicología freudiana, que recoge el discurso de la sociología imperante, su teorización, como no podía ser de otra manera, continúa ubicando al padre en ese lugar central, en esa posición prominente, por lo que era lógico que la muerte del padre fuese el acontecimiento más significativo, por esperado, temido y deseado, en la vida de un hombre, y de la vida en familia toda. Freud (1950 [1895]/1976g) manifestó claramente esto en la interpretación de sus propios sueños, del que se destaca el que tuvo en torno al entierro de su padre; sea la noche siguiente, según la carta dirigida a su amigo e interlocutor Fliess, o la noche anterior, como escribe en *La interpretación de los sueños* (Freud, 1900/1976d). Al velorio, por otro lado, termina llegando tarde, por demorarse en sus aprontes en la barbería. Freud sueña con una leyenda que dice “se ruega cerrar los ojos” o bien “se ruega cerrar un ojo” (p. 323). A partir de este sueño entre otras formaciones inconscientes, colocará en el centro de sus teorizaciones –a partir de su *autoanálisis* en transferencia con Fliess– la tragedia griega de *Edipo Rey* (en la versión de Sófocles), el complejo de Edipo y el complejo de castración.

Surge el primer padre freudiano, el del mito edípico. Emergerá luego, en *Tótem y tabú* (Freud, 1912-1913/1976i), el padre terrible, forjando el mito del padre de la Horda primitiva; por último, en tiempos de concluir su escritura y su vida, elevado en *Moisés y la religión monoteísta* (Freud, 1939 [1934-1938]/1976e), en el que se gesta el mito del padre Moisés, el egipcio, no judío, que aparece meciéndose en su cuna, flotando en moisés en las aguas del río.

Freud no cesó de repetir que el sueño, al igual que el síntoma y todas las formaciones inconscientes, era una realización de deseo. De aquí que al considerarse el mito de la muerte del padre como un sueño se pueda decir que contiene la clave del deseo, o al menos suministra ciertas señales para identificarlo.

Lo que no es explicitado en el Edipo viene a ser expuesto luego en el padre enunciado en *Tótem y tabú* (Freud, 1912-1913/1976i): el goce del padre, que escapa a toda ley, a toda prohibición. Se trata de un padre dueño y señor del goce. El padre primitivo con su goce exclusivo exhibe la particularidad de la excepción, fue asesinado, pero nunca sufrió el proceso simbólico de la castración, estuvo eximido de ella. Quienes lo recogen son los hijos, la fratría. Es el padre una vez muerto, como padre real del goce, que se transforma una vez asesinado, incorporado; una vez muerto, se torna en padre simbólico, en operador estructural.

Continuando con la terminología uniforme que estableció Freud (1927/1976b):

llamaremos “frustración” (denegación) al hecho de que una pulsión no pueda ser satisfecha; “prohibición”, a la norma que la establece, y

“privación”, al estado producido por la prohibición. [...] Para nuestra sorpresa, hallamos que siguen siendo eficaces, siguen formando el núcleo de la hostilidad a la cultura. Los deseos pulsionales que padecen bajo su peso nacen de nuevo con cada niño; hay una clase de hombres, los neuróticos, que ya reaccionan con asocialidad frente a esas frustraciones. Tales deseos pulsionales son los del incesto, el canibalismo y el gusto de matar. (p. 10)

Puede leerse la correlación, que va estableciendo Freud a lo largo de sus textos, entre el Dios Padre Todopoderoso –con la figura subrogante del cura o sacerdote, quien toma la confesión–, el Estado-padre –reasegurador garante moderno de procesos y dispositivos de subjetivación– y el padre-real –de la familia nuclear monogámica heterosexual de la era patriarcal–. Debemos detenernos a preguntar: ¿cómo produce, al trabajar en la actualidad, este operador estructural, interdictor simbólico, portador de la ley de la prohibición y de la ley de los intercambios?

La función del padre interviniendo el deseo de la madre en psicoanálisis

“Lo personal es político”: sentencia que enarbola el feminismo a partir de la segunda mitad del siglo XX. Surge una problemática nueva que ya no contempla la sexualidad como recinto cerrado de una propiedad privada, sino como una relación de poder entre los géneros, un dispositivo de esencia *política*, constitutivo del orden patriarcal, reflexiona Lipovetsky en *La tercera mujer* (1999, p. 61).

“El poder está en la punta del falo”, dirán las feministas de Mayo del 68. Se coloca la cuestión del cuerpo femenino en el punto sensible de las luchas entabladas por la nueva ola feminista. Se cuestiona incluso la *falocracia psicoanalítica*, aun cuando el psicoanálisis, al revisarse, pudiera reivindicar el derecho de las mujeres a la plena autonomía sexual. Se organizan movilizaciones colectivas contra la ilegalidad, la prohibición del aborto; se trata de conquistar el derecho pleno al control de la procreación con los métodos anticonceptivos orales; en fin, la libre disposición del propio cuerpo, así como de rechazar la violencia como fatalidad irreductible de la condición femenina (pp. 61-62).

¿Cuánto acosa el avance del poder femenino el imaginario masculino?

Revisitar los conceptos freudianos en torno a lo femenino permite –además de poder hacerlo con la distancia, por estar suficientemente alejados en el tiempo– analizar en qué grado los aspectos culturales se inscriben en nuestros psiquismos, en nuestros cuerpos, e impregnan la teoría psicoanalítica como aparato óptico, el cual puede culminar determinado nuestra mirada y nuestra escucha.

Reflexionar sobre los textos freudianos acerca de la mujer permite no solo reconocer cierto cauce en los fundamentos teóricos iniciales del psicoanálisis, sino asimismo analizarlos como documentos que plantean un determinado sujeto siempre en el horizonte de su época.

Freud escribe sobre la femineidad –dicen los historiadores que en respuesta a su analizante y discípula, Marie Bonaparte–, acerca de ciertos desvelos sobre el enigma femenino, atravesando la interrogante *¿qué quiere una mujer?* Dicen aquellos también que Freud, como su analista, si bien lo habría intentado, no habría podido detener cierto pasaje al acto de

una operación clitoridiana que se habría practicado la princesa en Viena¹. Buceaba Freud en torno a una plataforma continental, que en su cartografía llamó *continente negro*, mientras en el nuevo milenio lo podemos ver nadando hacia la orilla de una fuerte impronta ideológica, en la que ya no sería posible tocar suelo firme, para comprender y tomar la posición de operador.

Cuando retornamos a esos textos, nos devuelven a los psicoanalistas, a un tercer margen, el de la sensibilidad de una otra época, la nuestra, que nos enfrenta con otras herramientas para abordar lo infantil, la sexualidad contemporánea. Golpe de timón debiéramos dar más que dejarnos llevar siguiendo la corriente, a la deriva, y que nos pase el agua, como “nuestro padre”, el del cuento de Guimarães Rosa, y que por eso citamos, teniendo como remo y timón la historia del movimiento psicoanalítico, el valor de las revisiones teóricas del propio Freud y la observación de cómo determinados presupuestos de tinte ideológico operan como creencias basadas por momentos en la autoridad ¿de un padre?

Freud, padre del psicoanálisis, que decía navegar desde un inicio en las corrientes de aguas femeninas, ya que partió del puerto de la histeria, y sin poseer la brújula del saber de qué quería la mujer, no fue poco lo que dijo sobre cómo era y cómo debía ser², lo que muestra la hondura de la dimensión histórica de todo discurso, es decir, el del psicoanálisis freudiano, fundador de discursividad. Ahora los analistas posfreudianos quizá tengamos las condiciones históricas para ser contestes de una ontología débil, así como fuertes en la contribución de la posición ética, modesta en los alcances de la veracidad en psicoanálisis³.

Tercer margen para el operador simbólico

El operador es aquel objeto que al operar hace que el niño o la niña no se identifique con el valor fálico en la madre; habilitará a no quedar ubicado en ese valor respecto al deseo de la madre. A ese operador Lacan lo llamó Nombre-del-Padre (Laurent, 1999, pp. 28-30). Vira al ir definiendo al

1. Daniel Gil (1997) expresa al respecto: “Marie Bonaparte sostenía que, a pesar de la ablación, en la zona de la cicatriz de la amputación del clitoris quedaba un resto de sensibilidad. No sabemos de dónde sacó ese dato la Princesa, o si lo sabía por experiencia propia, ya que, según cuenta Th. Laqueur, Marie Bonaparte se hizo practicar una clitoridectomía e injertar el clitoris más cerca de la entrada a la vagina, (¿para que actuara como un haz de fibras resinosas?) La idea de la cual *no debe haber sido ajeno Freud*, muestra no sólo la inutilidad, dado que una vez extirpado el clitoris, por más que se lo injertara, iba a perder toda su inervación y, por lo tanto, toda su capacidad orgásmica, con lo cual la intervención sería, en los hechos una ablación sino también la sumisión al maestro” (p. 139, destacado propio). Y Roudinesco (2015): “Con el seudónimo A. E. Narjani acababa de publicar en Bélgica un artículo en que ensalzaba los méritos de una intervención quirúrgica, de moda en la época, consistente en acercar el clitoris a la vagina para transferir a esta el orgasmo clitoridiano. Marie creía así remediar la frigidez femenina y experimentó la operación en sí misma, en Viena, sin obtener jamás el menor resultado (p. 339).

2. Freud, en la sección “La metamorfosis de la pubertad” de sus *Tres ensayos de teoría sexual* (1905/1976j), refiriéndose a la sexualidad de la niña, dice: “Si se quiere comprender el proceso por el cual la niña se hace mujer, es menester perseguir los ulteriores destinos de esta excitabilidad del clitoris [...] más tarde, cuando por fin el acto sexual es permitido, el clitoris mismo es excitado, y sobre él recae el papel de retransmitir esa excitación a las partes femeninas vecinas, tal como un haz de ramas resinosas puede emplearse para encender una leña de combustión más difícil. A menudo se requiere cierto tiempo para que se realice esa transferencia. Durante ese lapso la joven es anestésica [...] Son anestésicas en la vagina, pero en modo alguno son inexcitables desde el clitoris o aun desde otras zonas. [...] Toda vez que logra transferir la estimulabilidad erógena del clitoris a la vagina, la mujer ha mudado la zona rectora para su práctica sexual posterior. En cambio, el hombre la conserva desde la infancia. En este cambio de la zona erógena rectora, así como en la oleada represiva de la pubertad que, por así decir, elimina la virilidad infantil, residen las principales condiciones de la proclividad de la mujer a la neurosis, en particular a la histeria. Estas condiciones se entran entonces, y de la manera más íntima, con la naturaleza de la feminidad” (pp. 201-202).

3. En la *La feminidad*, la 33a. de las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, Freud (1932/1976f) expresa: “En la fase fálica de la niña el clitoris es la zona erógena rectora. Pero no está destinada a seguir siéndolo; con la vuelta hacia la feminidad el clitoris debe ceder en todo o en parte a la vagina su sensibilidad y con ella su valor, y esta sería una de las dos tareas que el desarrollo de la mujer tiene que solucionar, mientras que el varón, con más suerte” (p. 110, destacado propio).

padre en su función, no tanto en términos de relación con el falo, sino en relación con el objeto *a* como causa de deseo, en su caída, en su pérdida, en la *falta*, que lo acerca a la castración y la angustia que produce la falta de la *falta*. El significante (operará) como falta en el Otro.

En el campo conceptual del psicoanálisis, la noción padre interviene como *operador simbólico ahistórico* (Dor, 2004, p. 11). Posee la particularidad esencial de no ser asignable a una historia, por lo menos como ordenamiento cronológico. Se halla fuera de la historia y es a la vez el punto de origen de toda historia. La que le puede ser asignada lógicamente es la historia mítica. Mito necesario si los hay. Se tratará menos de su encarnadura que de una entidad esencialmente simbólica, ordenadora de una *función*. Lo relevante que su papel juega en lo infantil es por su existencia simbólica, la que le confiere su carácter operativo y estructurante para todo *infans*.

Padre simbólico que es universal; por la incidencia de su función, advenimos sujetos, hablantes seres. Función abierta y vacante de la que el “agente diplomático”, el padre real que la ejerza en su nombre, será vector: ¿quién enuncia el <no> del padre? Desde un tercer margen, desde el cual porta y pronuncia la Ley, por ese <no>, que puede operar como y con los agujeros, como los de la piel del *infans* mismo, suele entrar el nombre del padre a través del titular real o de aquel que ejerce la suplencia simbólica.

Es decir que la prescripción simbólica de la ley de los intercambios, los prohibidos y los habilitados supone la negociación imaginaria previa, fantasmática desplegada, en la triangulación edípica de la familia. Los tres protagonistas guardan relación entre sí por un cuarto elemento: el falo.

Ahora bien, son funciones, por lo que no es necesario que haya un hombre para que haya un padre operando en cualquiera de los registros mencionados. La función padre puede vectorizar desde la lógica simbólica a través de la *metáfora paterna*, la del Nombre del Padre, la operación de sustitución, por parte del niño, del significante del deseo de la madre por significante Nombre del Padre.

En un primer tiempo, de transitivity –aquel en el que se perfila como sujeto desde su posición particular <hijo>– tratará de identificarse con lo que él supone que es el objeto de deseo de su madre, identificación por la que el deseo del niño se hace deseo del deseo de la madre, luego del Otro; dado que lo introduce, se encuentra favorecida –inducida, incluso– por el vínculo que mantiene con ella. El *infans* se ubica en posición de hacer objeto de lo que supone que le falta a su madre. Objeto capaz de suplir, satisfacer la falta, o sea, el falo.

Cabe la pregunta, con respecto a Lacan y su postulado del “retorno a Freud” –de donde extrae la noción de significante fálico y restablece la función del padre y del falo–, de si en esa formulación la valoración del falo como significante fundamental no implicaría también una posición ideológica. Mannoni (1972/2020) responde que en Lacan la valoración del falo no es ideológica:

No hay que olvidar que el falo no es el pene y que no pertenece a nadie. Nadie posee el falo, ni los hombres ni las mujeres, sino que es tanto significante simbólico, no es real, ni imaginario, y es en tanto simbólico que juega un rol en la teoría. Por ello no cae bajo la acusación de ideológico, pero puede prestarse fácilmente a desarrollos ideológicos que no están en realidad incluidos en la teoría. (p. 114)

La mediación paterna, la intervención, en un segundo tiempo, de la función <padre>, será determinante en la configuración del vínculo madre-hijo, al ser interdictor desde la privación, la frustración y la prohibición *freudianas*, utilizando para ello las tres formas en las que puede el objeto hacer falta.

Intervención paterna en la relación madre-hijo, que ejerce la prohibición sobre el hijo, quien la vivirá como frustración, lo que lo conducirá a cuestionar la identificación con el falo, es decir, fálica, renunciando a ser el objeto de deseo de la madre. Desde esta última, la función padre la priva del falo, que ella posee en/con el hijo como objeto de su deseo.

Este desplazamiento del objeto fálico lleva al hijo –niño o niña– a encontrar y enfrentarse a la ley del padre, ley cuya enunciación la madre suscribe, y al portar los efectos de su palabra, otorga a la función del padre un lugar simbólico ante el hijo, quien asume la función significativa del Padre, que es el significativo simbólico: Nombre del Padre.

Finalmente, en un tercer tiempo, el trabajo del hijo es en torno a la simbolización de la ley, tiempo de comprensión de su significado; el valor de esta simbolización es grande en cuanto estructurante, al ubicar el deseo materno donde corresponde. Función <padre> que es por tanto compatible con la ausencia de un padre, más aun de un hombre, en la realidad.

Laborar con estas nuevas concepciones de la teoría y con sus efectos en el psicoanálisis con niños puede llevar a que la demanda sea la de “instalar” la función paterna, función fallida como síntoma de lo infantil, por lo que se tornará necesario trabajar con ello en la práctica con niños y con los padres en transferencia.

Maud Mannoni (1972/2020) expresa: “Es prácticamente una regla que yo vea solo a los padres durante dos o tres entrevistas, sobre todo para poder poner de manifiesto en qué consiste su demanda” (p. 139). Considera que en psicoanálisis con niños y adolescentes los únicos casos que deben ser tomados en análisis son los casos de niños graves. En el resto de las situaciones, se trabajará para poner en juego la demanda en relación con el chico, algo anudado con los propios padres de los padres. Cuando se puede desanudar algo a ese nivel, el niño está, a partir de ese momento, en situación de podérselas arreglar solo con su conflictiva edípica, como acontece normalmente con las dificultades comunes a todos. Es decir, se restablece el cauce de la propia *neurosis infantil*.

Es interesante pensar *lo infantil* como aquellos fantasmas de los padres de los padres con efectos en los hijos, niños; psicoanalizar las marcas de lo infantil en demanda en la transferencia de los padres y sus funciones.

El psicoanálisis con un niño será entonces el discurrir de este operador de castración hasta establecerlo y que funcione, es decir, que cumpla su función.

Resumen

Texto que explora lo infantil desde el ángulo de la función del padre en psicoanálisis, como operador simbólico. Se recurre al creador literario, emparentado con el fantaseo y con el juego del niño, y se evoca un cuento de Guimarães Rosa, “La tercera margen del río”, dada la riqueza en imágenes inacabadas que posee, lo que permite pensar en forma fragmentaria dicha función del padre. Se retoman los mitos freudianos del padre edípico, del padre de la Horda primitiva y el de Moisés; se realiza un análisis crítico de desvíos ideológicos, producto también de una época moderna. Desde ese retorno a Freud, el artículo se abre a formulaciones fundamen-

talmente del psicoanálisis francés postlaciano. La propuesta es pensar cuánto y cómo el psicoanálisis de *lo infantil* deberá considerar, en la demanda de esta función paterna, cuando se trate de niños o no.

Descriptor: *Función paterna*. **Candidatos a descriptores:** *Registro simbólico, Autor, Obra*.

Abstract

Text that explores the infantile from the angle of the father's function in psychoanalysis, as a symbolic operator. The literary creator is resorted to, related to fantasy and play, and a tale by Guimarães Rosa, “The third bank of the river”, is evoked. The richness of unfinished its images allows us to think in a fragmentary way about this function of the father. The Freudian myths of the Oedipal father, of the primitive Horde and that of Moses are taken up again, and a critical analysis of ideological deviations, also as a product of a modern era, is carried out. From that return to Freud, the article opens to post-Lacanian and French psychoanalysis. The proposal is to think about how much and how psychoanalysis of *the infantile* should be considered in the demand for this paternal function, when dealing with children or not.

Keyword: *Paternal function*. **Candidates to keywords:** *Symbolic register, Author, Literary work*.

REFERENCIAS

- Ariès, P. (1987). *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Madrid: Taurus. (Trabajo original publicado en 1960).
- Dor, J. (2004). *El padre y su función en psicoanálisis*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Freud, S. (1976a). El creador literario y el fantaseo. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 9). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1908 [1907]).
- Freud, S. (1976b). El porvenir de una ilusión. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 21). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1927).
- Freud, S. (1976c). Fragmentos de la correspondencia con Fliess. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 1). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1950).
- Freud, S. (1976d). La interpretación de los sueños. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 5). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1900).
- Freud, S. (1976e). Moisés y la religión monoteísta. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 23). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1939 [1934-1938]).
- Freud, S. (1976f). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 23). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1933 [1932]).
- Freud, S. (1976g). Proyecto de una psicología para neurólogos. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 1). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1950 [1895]).
- Freud, S. (1976h). Pulsiones y destinos de pulsión. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 14). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1915).
- Freud, S. (1976i). Tótem y tabú. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 13). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1912-1913).
- Freud, S. (1976j). Tres ensayos de teoría sexual. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 5). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905).
- Gil, D. (1997). *Sigmund Freud y el cinturón de castidad*. Montevideo: Trilce.
- Guimarães Rosa, J. (1962). *La tercera margen del río*. Río de Janeiro: José Olympio.
- Lipovetsky, G. (1999). *La tercera mujer*. Barcelona: Anagrama.
- Mannoni, M. y Mannoni, O. (2020). *Maudy Octave Mannoni. Seminarios en Montevideo, 1972*. Montevideo: Biblioteca Uruguaya de Psicoanálisis. (Trabajo original publicado en 1972).
- Rodríguez Monegal, E. (1983). *En busca de Guimarães Rosa*. Disponible en: <https://anaforas.fic.edu.uy/jspui/handle/123456789/25916> (Trabajo original publicado en 1968).
- Roudinesco, E. (2015). *Freud: En su tiempo y el nuestro*. Barcelona: Debate.

Recibido: 20/1/21 Aprobado: 29/03/21